

PRECIO

20
CTSCON
FOLLETIN

SEMANARIO

PRECIO

10
CTSSIN
FOLLETIN

HOY DÍA





SANTIAGO SEGURA

GALERÍAS DEL
S.en C. FAYANS CATALA
GRANDES SALONES PARA EXPOSICIONES
ARTÍSTICAS
TELÉLEONO 1884
OBJETOS ARTÍSTICOS PARA REGALOS



FOYER

Revista semanal ilustrada
Teatros, Music-halls, Cinematografía, Sports
Música, Arte, literatura, etc.

PUBLICA EN FOLLETIN:
16 páginas grandes de música
ACTUALMENTE REPARTE

LA DIVORCIADA

Opereta en 3 actos
DE LEO FALL
el autor de

La Princesa de los Dólares

PRECIOS:

Número suelto.	
con folletín.	0'20
sin id.	0'10
Suscripción	
con folletín	
1 mes.	1'00
3 meses.	2'75
6 id.	5'00
sin folletín	
3 meses.	1'75
id.	2'50



REIGÉ HIJO

MUEBLES ARTÍSTICOS
CASA FUNDADA EN 1852

PASEO DE GRACIA 27



Aires de reja

Amo, amas, amare etc.

Gram. latina.

I

Se conocieron hoy y al otro día
él mintiendo le dijo que la amaba
y ella también á su pesar mentía
y amándolo á cegar se lo negaba.
Lo quiso porque sí; cuando se quiere,
es inútil buscar el fundamento;
el amor como todo sentimiento
que en el alma cupiere
hoy vive porque sí y en un momento
muere sin que sepamos porque muere.

II

Cansado cierta tarde de engañarla,
decidió el tal galán abandonarla
mientras ella en su cándida pureza
le amaba tanto, que él se vió cobarde
para dejar la reja aquella tarde
sin volver ni siquiera lá cabeza,
y al fin en una noche oscura y fría,
esperando ella el vano que viniera,
le sorprende la luz del nuevo día.

FOYER



Revista
semanal
ilustrada
y de
Teatros

Teatro de la infancia

Yo tengo un amigo humorista. El amigo humorista ha cometido la irreverencia de reírse del «Teatro de la infancia». No es que al hacerlo pretenda ironizar á los esforzados paladines de la literatura que tal teatro fundaron. ¡Nada de eso! Mi amigo es más respetuoso para con los ingenios, que un hijo fiel y virgen de pecado para con sus padres. Pero los humoristas son así, incapaces de tomarse en serio ni una taza de tila. Y es que las cosas y las acciones humanas tienen dos aspectos: el doloroso y el cómico, el ridículo. Claro está que los desgraciados humoristas sólo pueden ver el segundo aspecto matizado con las gotas de bilis que escupen en sus risillas de ironía.

El «Teatro de la Infancia»—dice el bromista amigo—es algo así como el «Corro de personas mayores». Ya veo—agrega—á un capitoste literario que, para entretenér sus ocios y en rato de neurastenia organiza, en mitad de la plaza, juego de nenes argumentando que así lo hicieron los griegos ó los crímeos. Será curioso poder aplaudir á un corro de gentes sensatas, tales como un municipal, el gobernador de la provincia, varios militares de alta graduación y algún tenor de ópera en confusa algarabía, cantando á todo pulmón y dando alegres zapatetas, aquello de:

¡Mambrú se fué á la guerra!
¡No se si volverá!

No anda muy desencaminado el amigo humorista, pues á seguir por el emprendido camino de las extravagancias, no tardaremos á ver en los carteones de algún teatro el sugestivo anuncio:

GRAN FUNCION

Teatro para los niños

NOTA: En la sala de espera habrá niñeras para entretenér á los mayores de edad.

Sólo falta saber si los niños, llevados desu pereza y guiados por el amor que los grandes tienen al teatro, prefieran la compañía de las niñeras y dejen la sala vacía.

AMICHATIS.

En el cementerio



Dib. de Ana María

—Si resucitara papá, ¿nos conocería con este traje?
—Creo que sí... Por algo era fabricante de disfraces.

en la reja florida en que solía
esperarlo las noches que lo espera.
Mas tan difícil es y no lo extraño
creer en la verdad de un desengaño
que en aquella mañana
al ver que su galán no aparecía
la niña echó la culpa á la ventana
por dar á una calleja tan sombría,
á la noche de Enero
que había sido muy fría, pues helaba,
y no achacó la culpa al majadero
que por dormir una hora más, faltaba.
Y es que un amor verdadero, el grado al-

[canza]

de héroe de fe, cuando combate fiero
porque no le abandone la esperanza.

III

Así un día y un día y otro día
ella esperaba y él no aparecía,
y mientras el ingrato que no viene
tan solo en olvidarla se entretuvo,
ella en la reja noche y noche estuvo
soñando en la ventura que no tiene.
Mas como que en amor, soñarlo es todo
la niña en sus amores consumida
halló manera de perder la vida
y de olvidar á un necio no halló modo.
Que al conocer después la torpe trama
en que su ingenuo amor quedó burlado,
la hermosa criatura cayó en cama



Dib. de Smith.

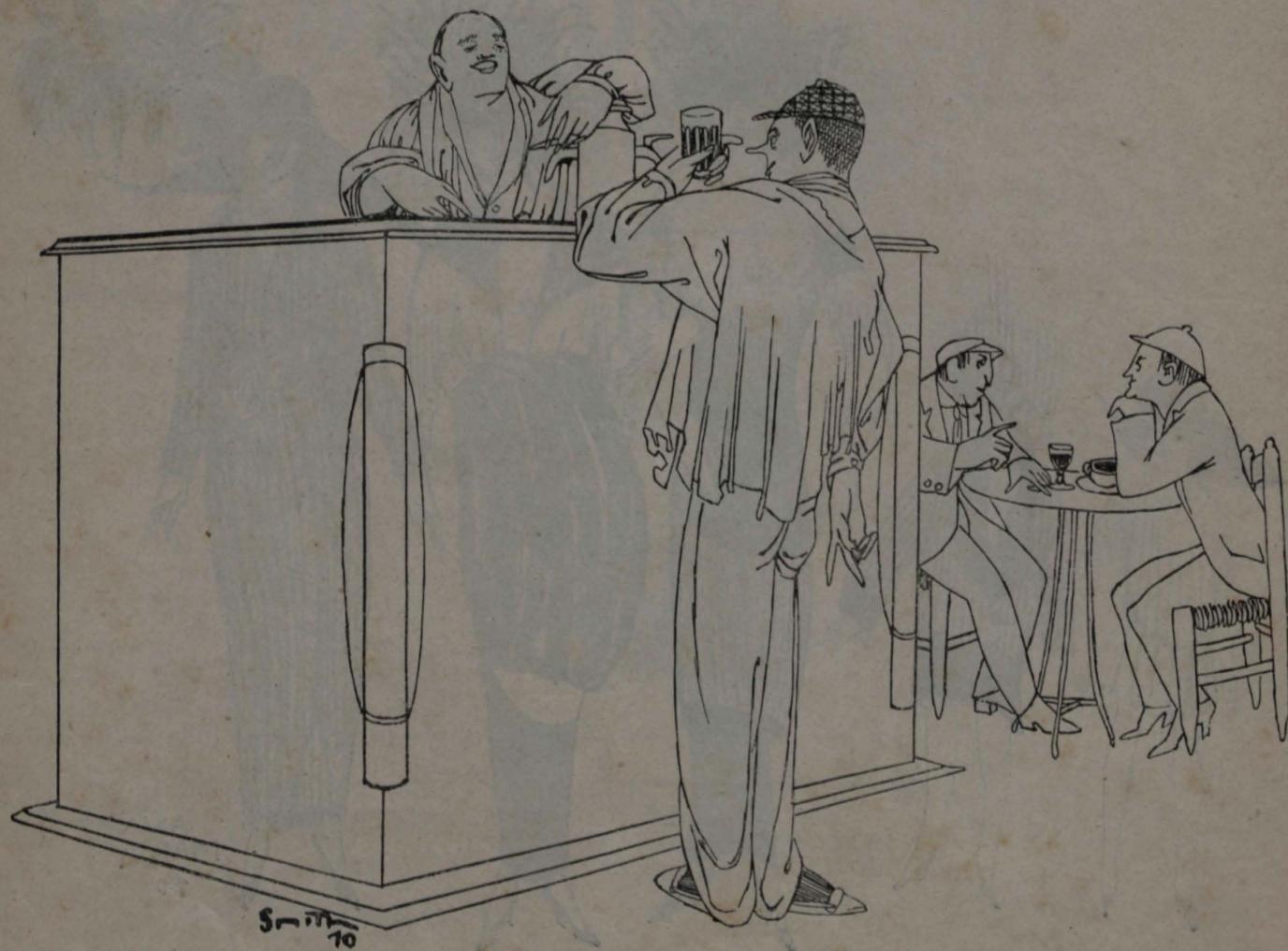
—Bebe, No te hará daño. Es muy pequeña.
—¡Eso! ¡Eso! Es tan pequeñita.

Curiosidad

Una dama muy apreciada en la sociedad madrileña, se fué á confesar, por primera vez, con un sacerdote sumamente curioso.

Después de varias cuestiones, el confesor le preguntó su nombre.

—Padre — contestó ella, — mi nombre no es un pecado.



Dib. de Smith.

—No me lo dé usted bautizado,
que soy anticlerical. Antes prefiero
que me lo dé mezclado con agua.



Dib. de Ana María.

—Desde que la ségo estoy muerto de amor.
—Pues siga usted por este camino.



Dib. de Ana María

—Clara acaba de publicar un libro.
—Buena semana es esta para los muertos.



Dib. de Smith

El Mendigo. —¡Señor!... Con diez céntimos no tengo para nida.
El Caballero. —¡Yo tampoco!

Dib. de Smith.

—Usted va al cementerio viste como va ir a la plaza.
—Tóz es cuestión de difuntos.



Ella.—¿Por qué le traes esta corona tan grande á tu primera mujer?
Él.—Porque la pobrecita ya hizo todo lo que pudo para escarmentarme.

Dib. de Smith.

EL FRACASO DE LA BONDAD

Si uno oye repetir, con intervalo de pocas horas y en una misma tarde, por tres bocas distintas, la misma convencida y categórica afirmación, no queda otro recurso que someterse á la abrumadora evidencia; sobre todo cuando las opiniones de esos tres coinciden con las de otros muchos, anteriormente oídas. Esto me ha sucedido, y á esto me atengo para proclamar su verdad, con la frase que mis amigos me han dicho esta tarde, como epílogo y moraleja de sus amargas confidencias:

—Chico, la bondad ha fracasado...

Uno de ellos, de mis amigos, hizo con premura su carrera de ingeniero, por temor á que la vida le resultase demasiado breve para desarrollar sus magníficos proyectos industriales; el otro quiso imponerse como artista; el tercero no tuvo otra ambición que conservar y disfrutar la fortuna paterna, haciendo de paso, y como por juego, algún bien á sus semejantes; y todos, al llegar al fin de su primera juventud, tuvieron que tirar, como bagaje inútil, esta ilusión de bondad, ó renunciar á vivir y á prosperar...

La bondad como honradez, la bondad como decencia en el trato social, como pulcritud en la ejecución de un trabajo, como veracidad en la narración de un hecho, como agradecimiento á favores recibidos, como sinceridad en los sentimientos... la bondad en todas sus formas y clases les ha estorbado siempre, perjudicado muchas veces, puesto á uno de ellos en grave peligro de dura y afrentosa cárcel y todos, demasiado sagaces para no distinguir entre la multiplicidad de concusas que han influido en que no pudiesen realizar sus ilusiones con la pureza soñada, se han visto obligados á reconocer el fracaso de esta virtud cantada en las páginas, que en la infancia sobaron, del bonachón y suave «Juanito».

Y esto yo no lo digo sólo como síntesis de las agudas razones; son las más las que hacen más peso en la balanza, las experiencias á que los azares de la vida me han sujetado y que considero bastante concluyentes para dar la voz de alerta á mis contemporáneos y á sus descendientes, hasta la cuarta ó quinta generación, para que vivan prevenidos contra el ejemplo contagioso de esta desastrosa virtud que podría ser la norma y pauta de la vida del universo, si una minoría tan inteligente como afortunada no hubiese derivado los mayores beneficios de las prácticas contrarias, constituyéndose en tipo, patrón ó norma, que los demás mortales con gran esfuerzo tratan de imitar, no consiguiendo más que pálidos simulacros de la compleja y refinada perversidad que en lo alto triunfa y obtiene, como botín, poderes, satisfacciones y riquezas.

Porque mi convicción, por extraño que parezca, es que los buenos abundan, están en inmensa mayoría; podrían imponerse enseguida, si fuese posible ahogar el mal con la abundancia del bien, pero el bien, al contacto del mal, se avería, corrompe y mancha, se ensucia exteriormente en la vida real, y los buenos han de apresurarse á imitar desgarbadamente á los que, sólo por malos, se imponen.

La conclusión de los párrafos anteriores sería poca cosa, si no consistiese más que en esta admonición á la juventud, cuya innata bondad viene á agravarse con la predicación constante de libros falazmente inspirados, que les dejan completamente inermes para la vida real. El objeto principal es que circule entre los desesperados, por este motivo, una esperanza halagüeña y que se entere quien quiera convertirlo en negocio, de mi obra en curso de redacción, mejor dicho, de mi vasto plan de publicaciones, verdaderamente instructivas, cuyo gran interés podrá colegirse por algunos de sus títulos, que van á continuación:

Mercurio. — Arte de robar y estafar.

Método teórico práctico de fabricación de monedas de curso oficial y consejos sobre su más fácil circulación.

La amistad y medios de explotar la de los ricos y poderosos mediante la adulación é incubación de sus vicios.

César Borgia, ó la ciencia de deshacerse de testigos enojosos y gente molesta.



—¿De qué ha muerto? —De una pulmonía?
—No. De una equivocación del médico.

Dib. de Capuz.

Siete tratados de contra-ley, ó el reverso de la jurisprudencia, los forros de los decretos y las contra-marchas de los procedimientos, con la tarifa de los más distinguidos criminalistas, escribanos, notarios y magistrados; nociones de ubicuidad y suposición de testigos.

El hélico-plano aplicado, ó supresión del agravante de escalamiento.

La imitación de Miguel Angel, de Rafael y de todos los grandes maestros, en evitación de los peligros de la inventiva, etc., etc.

Lo que tengo más adelantado es *César Borgia* y el *Hélico-plano*, y éstos, como todos los demás (en preparación, como ya he dicho), están redactados y se irán completando y perfeccionando de tal manera, que su lectura resulte amena y anecdotica; pues tengo casi completo un inventario, sacado de los archivos judiciales, de todas las causas no sustanciadas, procesos sobreseídos, crímenes misteriosos y autores no habidos, con las circunstancias que en mi honesto sentir han permitido que quedase la arriesgada empresa en tan feliz estado; de lo cual no podrán menos, los futuros lectores, que sacar gran provecho y enseñanza, pues, más que nada, la práctica guía é instruye.

¿No habrá, entre tanto editor, quién se arriesgue en esta empresa? Yo le respondo, por adelantado, de componer de recortes los libros de manera entretenida y donosa; él cuidaría de expoliar á los corresponsales y libreros (y el despeñelar á éste evitaría quizás que entre nosotros nos desollemos), no faltándonos más que encontrar un hombre de paja, en cuyas asalariadas espaldas caigan las iras de los impresores no pagados, de los almacenistas de papel, de los encuadradores y otros con los cuales por adelantado hemos de hacer voto de no cumplir, para no romper la honrosa tradición española de que nadie puede sacar provecho alguno de cosas que al intelecto se refieran.

VÍCTOR ORIOL

Rodríguez, Carpanta y Compañía

La razón artístico-especulativa comercial, formada por cuatro varones más que vivos, pero fracasados en su carrera, y por tres semidamas que acompañaban al susodicho cuarteto en las excusiones exhibicionistas, determinó asegurarse por algunos días el puchero y re-olvió salir en *tournée* por los pueblos de la campaña, tanto para dar representaciones teatrales, como para formar alguna comparsa, si se presentaba la ocasión de atrapar unas romerías. El caso era defender de buena manera el pan ó garbancillo cotidiano.

Aunque no estaba registrada por ningún tribunal de comercio, los mencionados socios se hacían representar por la firma «Rodríguez, Carpanta y C.» y por coletilla añadían un sinnúmero de ditirambos capaces de dejar tamañitos á los mejores artistas y á las más notables compañías.

Merced á la propaganda que un parente del barba hizo en algunos periódicos puebleros, pudieron nuestros artistas encontrar quien los llamase telegráficamente para dar una serie de representaciones teatrales, ó cosa parecida, en un pueblo distante muchas leguas de la capital.

Recibir la noticia Ricardo Rodríguez, como director, y transmitirla á Carpanta, el *anima vivilis* de la sociedad, y pasar á conocimiento de los demás miembros de la compañía con más rapidez que usa la telegrafía sin hilos, todo fué uno; y hasta hubo miembro de la sociedad que quiso preguntar, también telegráficamente, si en los contratos entraba la compostura de las botas que quedasen rotas en aquella gira.

Después de armonizar opiniones sobre la elección de obras y cobrar el anticipo para gastos de locomoción,



Dib. de Livio

— ¿Qué te dijo después?
— Después, nada. Todo me lo había dicho antes.

ción, acomodóse la compañía de la mejor manera posible en un coche de ferrocarrila, de la línea del Norte, en el cual, con democrática promiscuidad, iba el cuarteto de zánganos entreverados con las tres damas de la troupe.

Con los huesos bien molidos llegaron al punto de destino como á tierra de promisión, en donde esperaban resarcirse de las muchas cenas ahorradas.

Pero la mala suerte parece que pisaba los talones de los socios de la comandita, pues á su llegada al pueblo, para donde habían sido llamados, se encontraron á éste convulsionado con disturbios á causa de la huelga, que, cual plaga de mosquitos, pica en donde mejor le viene en gana. La estación estaba custodiada con lujo de fuerzas policiales, las que, al ver descender del tren al famélico barba, que dejó caer del bolsillo del saco la idem con que se caracterizaba; al observar al galán joven que mostraba por bajo el raído gabán otra ropa de colores sospechosos y al contemplar la vivacidad en los semblantes de los cómicos, tomáronlos inmediatamente por agitadores furibundos.

Y he aquí que, sin mayores averiguaciones y sin interrogatorio de descargo, llevaron á los ilustres socios «Rodríguez, Carpanta y C.», á la delegación local, acusados de agitadores y perturbadores del orden; y en la actualidad están pidiendo con todo fervor á Dios y sus santos que no los saquen de allí, por ser el sitio donde han encontrado que les sirven con más regularidad el churrasco diario sin preocuparse de pasársela la cuenta.

RAYMOND DE BAÑOS



Dib. de Roqueta

— Yo no sé cómo vosotros, los médicos, podéis estar alegrados después de visitar á los enfermos.
— ¡Oh! No creas. ¡Ya hay para disgustarse cuando no nos pagan!

El placer de la venganza

A unos ojos lindos

— Tú estás enamorado de María.

— ¡Yo?... no.

Es la primera vez que Ricardo niega sus amores; tal vez por ese íntimo culto, religión excelsa, que á la amada se profesa, callaba su enamoramiento. Insólito en él, que un poco jactancioso nunca se le ocurrió ocultar sus quereres, sino antes alardear de ellos, amontonando, de este modo, cuartelos para su escudo de conquistador.

Laboraba intensamente el amigo por conseguir el convencimiento de sus sospechas; curioso se dolía de no afirmar lo que con otros supusiera y su amor propio quejábase de la falta de confianza de Ricardo.

Condición humana esta de la impertinencia que á todos nos alcanza y nos hace sus siervos. ¡Por qué, Señor, preguntamos éstos pequeños secretos que á nadie importan y para nosotros tienen todo el interés de una Vida? Pero así son las cosas. Olvidámonos ante el amigo que estuvo ausente de lo que acaeció; pudo, mas nunca dejamos de indagar sus amores, sus trapicheos, el estado de su alma, todo aquello precisamente que á él solo, y si acaso á otra, interesa.

Y acaba los versos, los firma y—romanticismo funesto—los besa [antes de doblarlos]. Días hace, muchos, no sabe cuantos porque sólo de pensarlo siente pena, que no ve á la Unica. Con *ella* estará esta tarde, leerá seguramente los versos y quién sabe si será su novia pasadas unas horas.

Entra el amigo también alegre. Cuéntale historias que en el mundo pasaron. Sonríe irónico, con refinada crueldad, pensando en la noticia que lleva; el poeta pudo negar su amor pero la revancha es suculenta.

Comenta sus relatos con frases de acero. Se mofa un rato breve del aislamiento que Ricardo se impuso y luego frívolamente, á modo de noticia sin importancia, dice:

— ¿No sabes? María se fué anoche.

Y una risa burlona, de rencores satisfechos, recoge el gesto de infinita amargura del poeta.

J. M. CASTELLVI.



Dib. de Smith.

Así esta tarde habla el amigo, primero insinuante y sin que se transparente la idea que lleva, después con ruda franqueza. Y ni antes ni ahora consigue su objeto; al principio ni contestación, al final negativas.

Ha caído la tarde entre lluvia fina, como tamaizada; el poeta, Ricardo, está triste. Los amadores tienen ratos de melancolía en los crepúsculos. No habla; ¿para qué hablar si lo que siente lo quiere para él solo? Son egoistas muchos de los que aman; ni al ideal de su amor dicen sus pensamientos por no diluirlos.

Pasan de vez en vez parejas parleras, que aumentan la tristeza de Ricardo. ¿Envidia? ¿Añoranza? quizás las dos cosas en íntima mezcla. Todas las historias amorosas se parecen—cuando menos así lo afirman los que quieren. ¿Será por espíritu asimilador?—Sobre todo las novelas, ¡oh las novelas románticas! tienen algú trozo de nuestra Vida, trozo dulce ó amargo, de alegrías ó tristezas, trozo que vivimos ó creímos vivirlo.

Cambia el curioso de conversación, que á nadie agrada no ser escuchado, y deriva sus palabras á asuntos impersonales. Y el poeta no le escucha; el poeta piensa:

«Esta noche la veré. Como todas las noches hablaremos de muchas cosas, de muchas... pero no mencaremos el amor. ¡Será tan triste un desengaño!

» Yo llegué á creer que sus ojos me miraron con cariño; en esta ilusión vivo... Si no fuera así...

»...Caravana de pesares es la mía. Triste mi vida en este desierto buscando un oasis; y cuando lo encuentro, no me atrevo á humedecer mis labios en las lías c'aras de sus fuentes por si no fueran ciertas...

»...Es como tortura de alma, como suplicios sólo para mí destinados... Peor que Tántalo...

»... ¡María! ¡María! como suena tu nombre en mi alma. Tiene nuevas armonías, dijérase estrecha del maestro no conocidas...

También el amigo calló. Enciende un cigarro y al ofrecer otro al poeta, círtale el hilo de sus pensamientos. Vuelve Ricardo á la vida con el sabor del tabaco y como si el descender de sus delírios le molestara, despídele breve, sin atender la invitación galante del amigo.

Pensar en la cena fuera corriente si la idea de unos versos—solicitud de amor—no le atormentase. Quiérelos escribir al correr de la pluma y llevarlos luego á la amada, fresca aún la tinta y sangrante el venero de la inspiración.

Temor de cursilismo le asalta. ¿Le parecerán á *ella* ridículos? ¡Como si á la mujer que quiere, pudieran parecerle fuera de lugar los escritos que á su amor se dedican y su belleza ensalzan.

Y llena unas cuartillas y las lee y poco á poco tacha, deshace y torna á hacer; y al cabo, llegada la hora, sale de casa, engullendo por la escalera lo poco que formó su yantar.

Pasó la noche en triviales peroraciones de insustancialidad. Procuraba encauzar Ricardo sus palabras hacia el terreno peligroso del cariño y *ella*—si no fuese indiscreción lo diríamos—ayudaba la derivación. Pero por no sé qué de temores y escrúpulos, finó la noche como todas; sin que un gesto, una palabra, ó un mirar más intenso que lo acostumbrado, definiese la situación.

La mañana alegre—con gritos de niños, risas de mujeres y cascabeleos argentinos—ayudaba al poeta á terminar los versos amorosos. Producto eran de noches angustiosas de insomnio, de resueltas revocadas, de tirano forcejeo á su carácter.



Dib. de Smith.

Días muchos pasaron de perplejidad comprendiendo su situación violenta. Las cosas, al punto que llegaron, no permitían más que la vergonzosa retirada ó la forzosa declaración. Se decidió por último; era imposible renunciar á la dicha adivinada; era preferible, de todos modos, el desengaño á la duda insopportable...

Flufan los versos fáciles, jugosos, destilando mieles y perfumes; y esmeraba su letra en prurito de cómoda lectura y marcaba las, frases culminantes con subrayados rojos.

Antojábasele su cuarto de trabajo estrecho y fosco, risueño y amable; el patio que desde la ventana columbraba ruin y miserable con sus cuatro tiestos y un canario pálido, creñal jardín versallesco; las mujeres de la vecindad desarrapadas por el trajín de la limpieza mañanera eran á manera de princesas un poco pastoras, tal como Walteau las concibiese.

Raro es lo que nos sucede; no son las cosas mejores ni peores, sino según el modo como las miramos. Lo que unas veces, bajo una impresión acri, nos parece horrible, parecen pasadero, cuando no bonito, si lo vemos con la risa en él alma. Y por eso á Ricardo hoy le semeja todo bueno y distinguido. El mundo es para él lugar

Del país de la Farándula

Don José Amich, es un joven literato que no gasta melena, ni fuma en pipa ni es triste. Es un joven literato que en nada se parece á los intelectuales jóvenes que nos gastamos por estas tierras de pan comer, cuando se puede.

No obstante la falta de melenas y la carencia de pipa, el Sr. Amich es un escritor recomendable, mucho más recomendable que otros muy recomendados.

Y digo estas cosas no á humo de pajas, como algún detractor mío—los tengo con orgullo, lo confieso—pudiera figurarse sinó con motivo del estreno de *¿Fiel...?*, paso de comedia, del repetido Sr. Amich, estrenado en el *Español*.

Pertenece la obra al género de las llamadas de enredo y pese á un discutidor que inopinadamente surgió del patio de butacas, está hecha con mucha soltura y con sobrado ingenio.

Adornan el diálogo, natural y fluido, frases irónicas y ideas punzantes que ponen en claro que el autor de *¿Fiel...?* sabe donde tiene la mano derecha, y donde molesta el calzado á sus contemporáneos.



Dib. de Ana María.



Dib. de Smith.

Y uniendo mi aplauso sincero á los muchos que en justicia se le tributaron al amigo Amich y añadiendo otro á Pepe Portes y á sus compañeros Elena Gil López y Roa, pasemos á otra cosa si no lo tienen ustedes á mal.

* *

Este humilde servidor de ustedes, en cuanto se aproxima el día 1.º del oncenio mes del año parece horriblemente; es un sufrimiento sordo, lento, aniquilador; es la lucha con el imposible.

¿Que por qué sufro? ¡Ah lectores! ¡Ah lectoras! Sufro por la razón sencillísima de que me siento Tenorio del todo y como la naturaleza fué avara de sus encantos para conmigo, no puedo ejercer dignamente tan entretenido papel.

Si fuese un poco más alto, si mis espaldas no se abombasen ridículamente y mi cara no estuviese exenta de todo aditamento pelífero, guay del hombre que me interceptase el paso y de la dama que se me pusiera por delante.

Pero no es posible, y como que poseo la santa virtud de la resignación me conformo, mientras sufro en silencio, viéndoselo hacer á los demás.

Y de este modo llevo vistos—entre Tenorios y Nuevos Tenorios—cincuenta y seis actos y, sin darme cuenta, trato de vos á la patrona y le pido en octavas el desayuno.

En mis excursiones *tenoríescas teatrales*, he topado con una Doña Inés de una vez — con varios Don Juanes dignos de mención y con varios Mejías en buen uso. También he tropezado varias veces con Uiloa en calzoncillos y con Centellas apagados y yertos y con Butarellis del propio Majalandrín.

De todos modos, me permito recomendarles una audición de Tenorio con sus correspondientes adornos comestibles y si puede ser con una buena Doña Inés, miel sobre hojuelas.

* *

Como de todo ha de haber en la viña del Señor vamos ahora con *Gloria in excelsis*, de Sinesio Delgado y el maestro Vives.

Sinesio, como dijo alguien hace mucho tiempo, tiene el defecto de la facilidad. *Gloria in excelsis*, es como todo lo que el popular ex-director de «Madrid Cómico»—en sus buenos tiempos—hace fuera de la vulgar senda trazada por sus compinches.

Por eso sólo, y porque aún cuando fracasa, flota en el lago brumoso de la equivocación—¡gachó que frase!—sus miajas de arte, es merecedor de simpatía.

Gloria in excelsis no es mala ni mucho menos; tiene trozos que pesan como un expediente administrativo á punto de resolverse pero, sin embargo, existen otros á su lado con verdadera gracia.

El maestro Vives, como siempre, demuestra ser un verdadero artista, especialmente en el coro de griegos.

* *

Y si queréis un cuento tenemos á mano el del Sr. López Marín, que con el nombre de *El Cuento del Tren* estrenaron la otra noche en *Eldorado*.

Cementerio de los Alpes



Dib. de Smith

—Asistir hoy á un entierro viene muy cuesta arriba.

—Más cuesta arriba viene sun el morirse.

Desde aquí os afirmo que la obra es buena y que la Suárez está hecha una fototipia.

Quizá algún malévolο—que los hay—objetó el exceso de sencillez y tal cual *estridencia*; ríanse de eso señores y ríanse con el cuento de López Marín, que tiene gracia.

* *

Dos líneas ahora de *Sonámbula*, mejor dicho de María Galvany.

María Galvany consiguió en el *Gran-vía* hinchar las manos á fuerza de aplaudir y rajar los guantes—como diría un mi amigo elegantón de suyo—á fuerza de lo mismo.

Bien lo secundaron Mulleras, la Gasull y Serra; los otros... seamos piadosos.

* *

Y ahora el cronista, solicitando vuestra venia para hacerlo y pidiendo á los santos de su mayor devoción gracias para todos, se retira prudentemente por la segunda derecha.

MIRRENO.

Catilina.—Esta película que ha editado últimamente la casa *Cines* de Roma, es hermosa e interesante. Nos ha parecido notar que los artistas de esta casa quieren imitar á los de la *Vitagraph y C.º*, en la manera de expresarse, con el lenguaje elocuente de los ojos, con aquel esteticismo sin igual.

La escena en que Fulvia hace las importantes revelaciones á Cicerón, y que es á primer término, es magnífica. La sala del senado romano es imponente. Y la batalla final de una realidad asombrosa.

La serenata.—De la casa *Cines* también, es soberbia. El acierto demostrado por el operador en la elección de sitios le acreditan de inteligente, sino véase los jardines y parques de que está cuajada la película. En cambio, el comedor de la casa señorial lo encuentro un tanto pobre, si se compara con la riqueza de las otras habitaciones.

El campamento es colossal, parece un cuadro viviente de la escuela francesa á principios del pasado siglo.

El cuadro penúltimo es inmensamente trágico.

La fotografía en todos los cuadros detalladísima, y el colorido acertado.

Cavallería rusticana.—La casa francesa *Eclair*, después de dejarnos admirados con la interesante comedia *El precio de un sacrificio*, nos sorprende nuevamente con el argumento de la conocida ópera. Los papeles se han distribuido en la siguiente forma:

Torido, Sr. Kraus, de la *Porte de St. Martin*; *Alfio*, Sr. Dupont Morgan, del *Odeon*; *Santuzza*, Mlle. Barry, del *Th. Sarah Bernhardt*; *Lola*, Mlle. Morianne, del *Gymnase*; y *Lucía*, Mlle. Eugenia Uan, del *Théâtre Antoine*.

La selección ha resultado buena, estando todos á la altura que les corresponde. En la escena del desafío de *Torido* y *Alfio*, el primero está soberanamente posesionado de su papel.

FLORO.



ANA MARÍA

Dib. de Ana María

Amanda cosía con actividad casi furiosa. Su brazo derecho moviase al compás de rítmicas sacudidas, el codo formaba ángulo agudo y ofase silbar el hilo, fuerte, con silbido semejante al de una lima. Cosía una estera trenzada, que se extendía, rígida y pesada, sobre sus rodillas.

Love, sentada junto á la otra ventana, tenía en las manos una labor de crochet blanco; pero, más que trabajar, cuidaba ella, incesantemente, de mirar afuera. En el jardín, la guindalera y los rosales se inclinaban ligeramente á las suaves ráfagas del aire: no lucían todavía nuevas hojas, mas como se anunciaría próxima la primavera, al inclinarse los tallos y las ramas vefanse brillar en ellos un reflejo rojizo.

De vez en cuando, los claros ojos de Amanda echaban á Love una mirada rápida y seria:

— Si continúas mirando tanto por la ventana —dijo de pronto, — no habrás acabado mañana ese velillo de sillón.

Love extremeciése y enrojeció.

— Voy á activarlo —repuso.

Y durante mucho rato estuvo inclinada, trabajando.

A no ser porque, de pura delicadeza, se dibujaban sus rasgos demasiadamente, Love fuera bonita. Semejaba un boceto al lápiz, trazado gallardamente; en el cual, por demasiada dureza del perfil, no podía lucir la hermosura. La cabellera era quizá sobrado basta para cabeza tan pequeña y delicada, sobre no estar muy bien peinada; que de esta suerte se veía en la nuca, descubierta al inclinarse, unos ricillos sueltos.

— Me parece que podías haber recogido mejor tus cabellos —dijo Amanda; — esta no es manera correcta de peinarse...

— No consigo contenerlos —contestó Love excusándose.

— Me parece que yo sí los amoldaría...

El cabello claro de Amanda se partía en crenchas cuidadosamente alisadas que brillaban á ambos lados de su cabeza, y el moño, reposando en la nuca, era tan compacto y bien sujetó que talmente parecía el de una estatua.

Un momento después, Amanda se levantó.

— Voy á recoger la ropa —dijo. — Ya debe de estar seca. De todas maneras no quiero dejarla que ondee demasiado con este viento...

— Iré á ayudarte —propuso Love.

— No, sigue haciendo tu labor. Estás algo resfriada y no quiero que salgas, con tanto aire, á recoger lienzos húmedos.

Cuando Amanda cruzó la habitación, su silueta, alta y delgada, tuvo cierta majestad altanera. La espaldá y el cuello conservaban siempre igual tiesura. Una sola línea, derecha y continua, se trazaba de la cabeza á los tacones y aun las mismas faldas no ondeaban al andar, sino que caían á pliegues rígidos.

Apenas Amanda hubo salido, Love dejó caer la labor sobre la falda, reclinó la cabeza en el alto

respaldo de la silla y nuevamente se encantó mirando á través de la ventana. Veíase el patio con sus hierbajos que semejaban una estera gris-verde, el árbol y los zarzales, y más allá, dibujábase la carretera, cruzada de vez en vez por algún carro ó por una que otra mujer luchando contra el viento que le levantaba las sayas. Pero Love no veía nada...

Cuando oyó á Amanda regresar, emprendió otra vez, precipitadamente, su trabajo. Esforzóse en imprimir á su flaco rostro una expresión de seriedad é interés por la labor y ni siquiera levantó los ojos al entrar su hermana. El viento había coloreado el semblante de Amanda, mas sin desordenar un solo cabello. Calentóse los dedos, helados, junto á la sartén y miró á Love.

— ¿Estás ya acabando el velillo del sillón? —preguntó.

— Casi...

— ¿Lo terminarás esta tarde?

— No sé, me alcanzará el tiempo muy justo. Las ondas de remate son mayores y más difíciles...

Al punto, Amanda se acercó á Love:

— Déjame que lo vea —dijo.

Love le tendió, medrosamente, su labor, que Amanda miró con ojos inquisidores. Luego:

— Quisiera saber, verdaderamente, cuánto has adelantado desde que salí.

— No lo sé á punto fijo, Manda...

— Puedes decirlo sobre poco más ó menos... ¿Has hecho, quizá, media tira?

— No creo que...

— ¿Has hecho, pues, una cuarta parte?

— No del todo, me parece...

— En fin, ¿hiciste algo cuando menos?

— Sí.

— No más allá de tres ondas, ¿verdad?

Love miró, temerosa, su labor y callóse.

— Debieras avergonzarte de ti misma —dijo Amanda. — De algún tiempo á esta parte no son muchas tus ganas de trabajar. Yo no sé qué piensas durante todo el día, con la vista fija en la ventana. ¡Parece que tengas alguna preocupación!

Love murmuró algunas palabras ininteligibles y volvió á la ventana retorciéndose las manos. Amanda la miraba imperturbablemente.

Sus palabras revelaban impaciencia; pero las pronunciaba con grande calma. Dominaba á su hermana, velando por ella; mas con tales exigencias, que bien parecía la misma personificación del deber.

— Veamos, Love. Quiero saber, y tú tienes la obligación de decírmelo francamente, en qué piensas cuando estás ahí sin hacer nada.

Love se estremeció. Los íntimos pensamientos tienen susceptibilidad semejante á la de las quemaduras, y así ella pensaba que los suyos iban á desconcharse.

— Por caridad, Amanda, yo no sé —balbuceó.

— Si piensas en lo que yo me figuro —proseguía inexorablemente Amanda, — es necesario que domines tus pensamientos. Pues si tienes un poquitín de esta arrogancia que toda muchacha ha de tener, no debes perder tu tiempo pensando en cualquier joven, sin estar antes bien segura de que ello le place.

Love se volvió hacia su hermana, lanzando una mirada de indignación.

— Jamás he dicho que pensara en alguien —exclamó.

Y llevóse las manos al rostro, llorando sentidamente.

— No hay por qué llorar —dijo Amanda, — ni enojarse de este modo. Soy mayor que tú, conozco mejor la vida y es mi obligación velar por ti. Ahora, si quieras terminar tu labor, sigue trabajando mientras dispongo la cena.

Al salir Amanda del comedor, había en su semblante, enrojecido, cierta expresión de disgusto y perplejidad. No retrocedía ante el deber; pero, como mujer de la Nueva-Inglaterra, enojábala discutir con su hermana acerca de sujetos que no eran puramente materiales. Parecía que había herido su propia delicadeza, al par que la de Love.

Mientras ella cuidaba de la cena en la cocina, Love en el comedor, después de secarse los ojos, emprendía nuevamente su trabajo.

Lo que ésta ganaba haciendo esterillas, adornos de sillón y encajes, empleábase para su tocado; mientras que cuanto ganaba Amanda con sus labores, más rudas y más groseras, dedicábase al sustento, á la calefacción y al humilde vestuario.

Veíase en el atildamiento de Love algunos detalles elegantes, de los cuales prescindía Amanda sin concederles importancia alguna. Las prendas de Love, ligeras y guarnecidas de cintas, y los sombreros, adornados con flores, mirábanos Amanda como propios. Love, acicalada, con el tocado dominguero, era como espejo amable y sutil en que se mirara Amanda. Y así, cuando con su chal obscuro y su capota severa la hermana mayor, llevando la menor al lado, se iba al Oficio, crefa verse á sí misma en aquella figura más joven y más donosa.

Amanda, por su edad, pudiera haber sido la madre de Love; y ambas quedaron huérfanas cuando Love era todavía una muñeca. No contaban ellas con más que su casita y dos piezas de tierra; pero Amanda poseía las dotes de un financiero. Administraba sus monedas de calderilla con tanto cuidado como si fuesen dólares. Hacía producir sus tierras, vendía heno y legumbres, confeccionaba labores de costura para los vecinos.

(Se continuará).

Barcelona, 2 Noviembre de 1919.

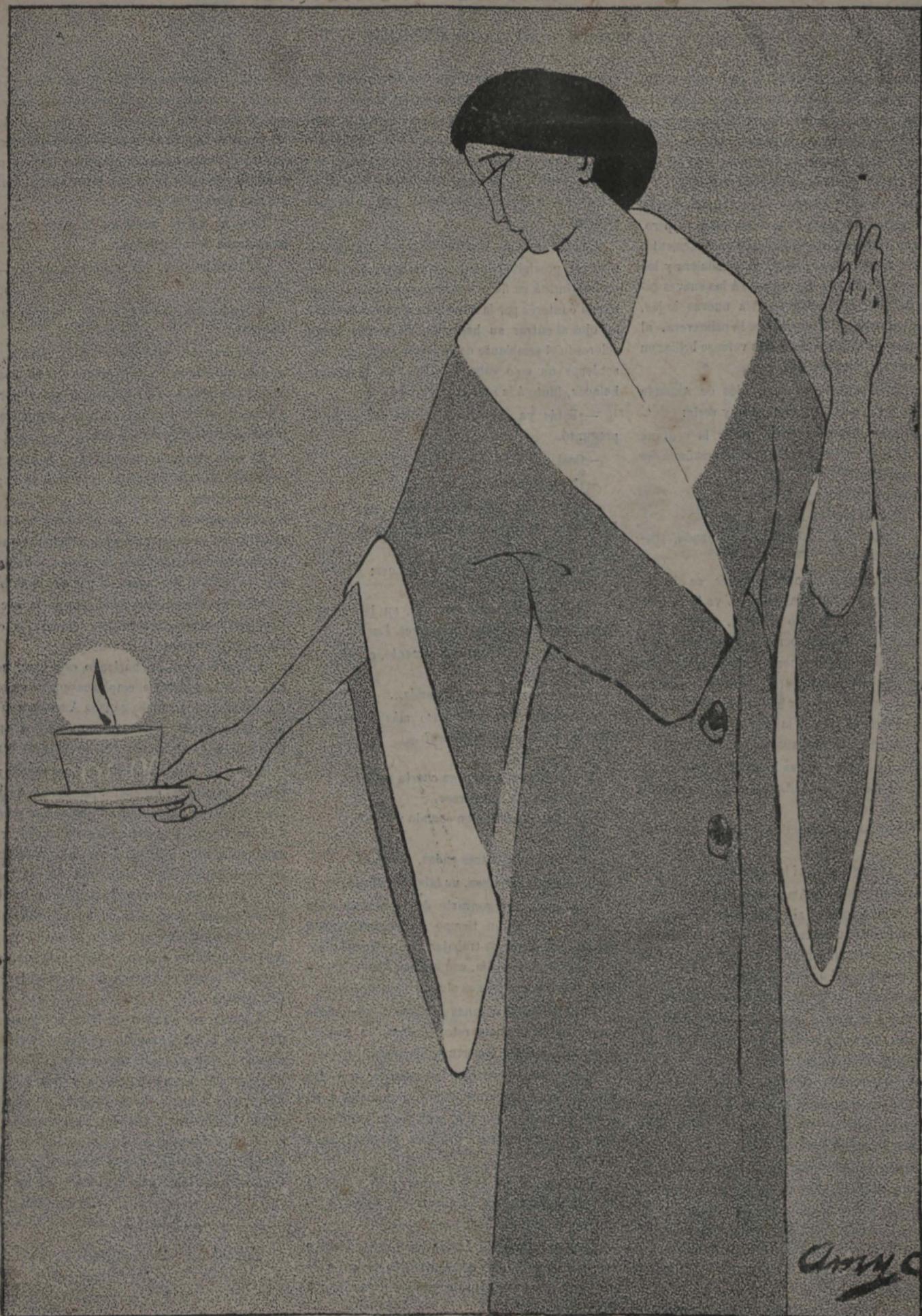
El Redactor-Jefe
CELESTINO DUPONT.

F. Casals, Plaza Letamendi, 27. — Barcelona.

8144

REVISTA LITERARIA

DE LA VIERGE; FOLLE



«Velad; pues no sabéis ni el día, ni la hora...»

Dib. de Muntanola (Amic.)